

# LA PROTESTA

ARQV.

BUENOS AIRES, JUNIO DE 1911

NUM. 1900.

## EN LA LID

### "LA PROTESTA" NO SUCUMBIRÁ

Desde el 10 de Mayo en adelante ha sido una continua odisea la nuestra el persistir en la reparación de LA PROTESTA.

No llevamos nuestra jactancia hasta el ridículo de hacer vanas y huecas afirmaciones ni inocuas amenazas. Pero si tenemos la pretensión de insistir en la publicación de LA PROTESTA. Y ninguna persona sensata y criteriosa cometerá la estolidez de tachar de descabellada esta pretensión.

No es terquedad de nuestra parte, sino justo anhelo, noble y obligada aspiración de usar de la libertad que los tiempos modernos permiten, porque para esa conquista, que sólo a nosotros se nos niega, hemos trabajado tal vez más que nadie.

¿Hay libertad de imprenta? Pues queremos usarla, responsabilizándonos por nuestros actos y aguantando las consecuencias que nuestra manera de actuar nos acarree.

¿Qué representa LA PROTESTA? Una simple hoja de publicidad dedicada a la defensa de la libertad del pueblo y a la divulgación de ideas científicas y filosóficas, a las cuales dedicaron su vida hombres de la talla intelectual y del valor moral de Eliseo Reclus, Pedro Kropotkin y otros, y a las que esa figura imborrable que se destaca en el cuadro de la historia de la humanidad, ese gran corazón que hace poco dejó de latir, León Tolstói, concedió derechos de ciudadanía. Ideas que son las mismas que se defienden en los millares de volúmenes que llenan las librerías de esta capital.

Si en nuestra acción para dar vida y encauzar el movimiento reivindicador causamos trastornos e incomodidades a alguien que no quiere ser molestado en la satisfacción de sus ambiciones, cumplidas quien sabe, por qué medios y a costa de quién, la culpa toda no la tenemos nosotros.

¿Somos acaso los culpados de que haya amantes de la libertad que desean gozarla? ¿De que haya seres que tienen hambre y desean saciarla porque a eso tienen derecho? ¿De que haya millones de mujeres y niños careciendo de lo más indispensable para la vida y aniquilándose en trabajos inhumanos e impropios, cuando deberían ser tratados con las mayores consideraciones porque son los formadores de la humanidad futura? ¿De que la ciencia y el arte estén acaparados y no sean accesibles a todos los que, comprendiendo y sintiendo esos elevados sentimientos no les es permitido gozarlos?

¿Bien sabéis que no. La culpa es de la organización defectuosa de la sociedad. Mientras ella subsista, manteniendo todos esos males, en su contra estaremos nosotros u otros que nos substituirán.

Y como ningún mal se abate sin destruir las causas que lo originan, por la destrucción de las que mantienen el actual desequilibrio social, lucharemos nosotros y otro tanto seguiremos aconsejando al pueblo.

A esta labor se ha dedicado y seguirá dedicándose LA PROTESTA.

Sabemos que su resurgimiento provocará las iras de unos y recrudescerá el miedo de otros. Pero como no vemos ningún motivo que justifique su desaparición, insistiremos en mantenerla.

¿Pero por qué LA PROTESTA y no otro periódico cualquiera?—hemos oído preguntar a algún compañero. Y a nuestra vez preguntamos: ¿Por qué no ha de ser LA PROTESTA?

## VERGUENZA! VERGUENZA!

No para los gobernantes, que creen que para cumplir su misión, o para satisfacer sus ambiciones, deben saltar por encima de todo y pisotear los más

sagrados derechos humanos; no para la policía, fiel servidora de esos gobernantes, jauría servil y furiosa, que ataca a quien le mandan atacar, si quiere saber siquiera de que lado están la razón y la justicia; no para el pueblo, inculco e ignorante, acobardado y servil, incapaz de rebelarse por sí solo contra quien lo tiraniza.

No. Vergüenza para vosotros, intelectuales, los que blasonáis de un republicanismo que falseáis en la práctica para vosotros liberales, librepensadores y masones que decís defender la libertad de opinión, y para vosotros también, socialistas argentinos que decís luchar por la implantación de una sociedad equitativa y libre. Vergüenza para todos, porque aprobais, franca o tácitamente, que en un país que no se llama Rusia ni está bajo el imperio absoluto que dimana del poder divino, sino en una república federal que conquistó su independencia y su libertad hace un siglo, se persiga ferozmente a

hombres que no han cometido más delito que el de querer propagar sus ideas.

No vale decir, ¡oh republicanos, librepensadores y masones! que algunos de esos hombres han apelado a la violencia porque cuando lo han hecho no ha sido en virtud de sus ideas, sino llevados por las contingencias de la lucha social que hoy desgarró a la humanidad, impelidos a defenderse del ataque sistemático que contra ellos dirigen las autoridades. Y aunque así no hubiese sido ¿en qué derecho, en qué

lógica os apoyáis para responsabilizar a los demás por los actos de algunos? Para los que, según vosotros, delincieren, ¿hay un sistema de justicia organizado para castigarlos? Y si así no se hace ¿qué es lo que busca el gobierno con sus desatinadas persecuciones?

La represión de la propaganda de ideas. Y vosotros, con vuestro silencio la apoyáis francamente.

No vale tampoco, ¡oh socialistas argentinos! emprender una desleal y hasta infame campaña contra los anarquistas para justificar ante el pueblo y ante vosotros mismos la bochornosa e inexplicable actitud que habéis asumido. Sabéis muy bien que no todos los anarquistas son exagerados ni fanáticos, y también sabéis que la policía no distingue para cometer sus atropellos.

Sin embargo, todos habéis formado la conspiración del silencio alrededor de las víctimas constantes de los atropellos policiales: Ante los hechos inauditos que contra los anarquistas se practican diariamente, vuestra atención se para por un momento y, apenas por un nido de pudor, les dedicáis unas líneas de crónica, la mayor parte de las veces hostilizadora, cuando no con veladas intenciones.

La libertad de pensamiento que decís defender, la circuncribís a la estrechez del credo marxista. Los que no sean fieles de la capilla no merecen el apoyo de vuestra protesta.

En Lomas de Zamora una imprenta fué allanada; las ediciones de algunos periódicos obreros y de "La Protesta" fueron secuestradas y 18 personas presas. Sólo tres, que eran socialistas, merecieron la atención de "La Vanguardia". Los otros... son unos individuos que preparaban un número del diario anarquista "La Protesta". Nada más.

Que la policía los prenda y los procese, es cosa que estará mal, pero a la que no dais mucha importancia. Si se tratase de la libertad electoral... la cosa mudaría de figura y el editorial de nuestro diario reptaría durante varios días los lugares comunes habituales de su autor.

En todas las partes del mundo las personas que se sacrifican por sus ideales merecen el respeto de los hombres honestos, y nunca falta quien salga en su defensa en los momentos de persecución, aún sin abrazar esos mismos ideales.

Solo en esta república se perpetra de

manera tan impune el horrendo crimen de querer sofocar a fuerza la libre emisión del pensamiento. Y todos, manifiesta o tácitamente, lo aprueban; Todos, con dolor y tristeza lo decimos, todos, desde los liberales y masones a los socialistas.

¡Odiados discípulos de Miguel Bakounine y de Eliseo Reclus! El anatema ha caído implacable sobre vuestras cabezas; sois los impíos, los réprobos, los herejes, los perturbadores...

No os llevarán a la hoguera, pero iréis a la Tierra del Fuego, os consumiréis en una prisión, ó seréis condenados a vivir errantes, siempre intranquilos, acosados como perros rabiosos si no hacéis pública y formal abdicación de vuestros ideales, si no desistís de defender los derechos del pueblo, si no os hacéis solidarios con el cúmulo de injusticias y de iniquidades que nos rodean.

En pleno siglo XX se pretende encerrar el pensamiento humano. ¿Quieren matar las ideas!

¡Manes de Sarraute y de Alberdi! Generosos precursores de un mundo nuevo. Si vuestro espíritu pudiese re-vestirse de materia y por unos momentos venir a examinar la obra de los que se llaman vuestros discípulos, os cubriríais el rostro para no ver resultados tan mazquinos, para no contemplar el cuadro de miserias y de indignidades que a vuestra vista se ofrecería, y, cabibajos y horrorizados, volveríais a vuestras sepulturas, dejando caer con estrépito la pesada y fría losa que por siempre cubre vuestros restos, hoy escarbañados por los que insultan vuestro memoria, festejándoos al mismo tiempo que enterran las libertades y martirizan los cerebros que piensan lo que a ellos no les parece conveniente.

¡Pero llegará el día en que tendrán que dar al pueblo cuenta de sus actos. Y entonces se arrepentirán. Pero tal vez sea tarde...

Mientras tanto, vergüenza y oprobio para vosotros, liberales y librepensadores argentinos. Una sombra que tardará en disiparse oscurecerá vuestra conciencia. Y la mancha que sobre vuestra conciencia ha caído, tardará en borrarse la señal de los tiempos...

¡Vergüenza, vergüenza!

Iván.

(1) No hay exageración en lo que decimos. Los socialistas, en vez de considerar la tremenda y difícil situación porque atravessamos, han redoblado sus ataques contra los anarquistas, de una manera desleal, mezquina y rastrera.

En su campaña contra la Ley Social, a pesar de ir contra el espíritu y las disposiciones de la misma ley, si han hablado mucho de reforma electoral, no han tenido una palabra siquiera para las víctimas directas de la reacción actual, los anarquistas, sino que, al contrario, los han atacado e insultado. En el editorial que sobre la campaña referida publicó "La Vanguardia" durante algunos días, se repetía la misma cantilena diariamente, reclamando "libertad para el juego normal del movimiento gremial y político de los trabajadores", pero haciendo notar insidiosamente, recalcanlo bien que por movimiento político entendían apenas el movimiento socialista... I.

EL IDEAL ANARQUISTA y las revoluciones precedentes

La anarquía nació de las inspiraciones de la vida práctica.

Godwin, contemporáneo de la gran revolución de 1789-93, había visto con sus propios ojos como la autoridad gubernativa, creada durante la revolución y por la revolución, no fué a su vez sino un obstáculo al desenvolvimiento revolucionario. El sabía lo que sucedía en Inglaterra a la som-

bra del Parlamento: sabía de los saqueos de tierras comunales, de la venta de los puestos más rentosos, de la caza dada, por agentes que corrían la Inglaterra con este único fin, a los hijos de los pobres, los cuales eran arrebatados a los trabajadores y transportados a los talleres del Lancashire, donde perecían en masa... Y Godwin comprendió que un gobierno—aunque fuese el de la República—era indivisible de los jacobinos—nunca sabría cumplir la revolución necesaria; que aún, un gobierno revolucionario, por el solo hecho de ser guardián del Estado, sería un impedimento a la revolución. El comprendió todo esto, y lanzó esta idea anarquista: que para el triunfo de la revolución, es necesario que los hombres se desahagan de su fe en el derecho, en la autoridad, en la Unidad, en el Orden, en la Propiedad, y en todas las demás supersticiones heredadas de su pasado de esclavos.

El segundo teórico de la anarquía, que vino después de Godwin, fué Proudhon, el cual vió la revolución de 1848. También éste pudo lanzar su mirada sobre los delitos cometidos por el gobierno republicano, y persuadido, al mismo tiempo, de la impotencia del socialismo de estado de Luis Blanc; y bajo la reciente impresión de lo que había visto, escribió aquella su "Idea general sobre la Revolución", en la que valientemente proclamaba la anarquía y la abolición del Estado.

Por último, en la Internacional, la concepción anarquista se afirmó una vez más después de una revolución, después de la Comuna de París del 1871. La completa impotencia revolucionaria del Consejo de la Comuna, no obstante componerse de representantes de todas las fracciones revolucionarias de aquellos tiempos (jacobinos, blanquistas, internacionalistas), y la incapacidad del Consejo general de la Internacional que residía en Londres y tenía la estúpida y perjudicial pretensión de dirigir el movimiento parisiense con órdenes enviadas de Inglaterra; estas dos lecciones abrieron los ojos a los más, y llevaron muchos miembros de la Internacional—comprendido Bakounine—á meditar sobre los daños de toda clase de autoridad—aunque fuese libremente elegida como en la Comuna y en la Internacional obrera.

Algunos meses después, la decisión tomada por el Consejo general durante una conferencia secreta convocada en Londres en el 1871 en vez del Congreso anual, puso en mayor evidencia los inconvenientes de un gobierno en el seno de la Internacional. Después de esta funesta resolución, las fuerzas de la Internacional, que hasta entonces estuvieron unidas por la lucha económico-revolucionaria (la lucha directa de las uniones obreras contra el capitalismo de los patronos), eran lanzadas en un movimiento electoral político y parlamentario, en el cual no podía sino mezquinarse y destruirse. Esta decisión provocó la franca rebelión de las federaciones latinas (la española, la italiana, la jurasiana y en parte la belga), contra el Consejo general de Londres, rebeldía de la cual data el movimiento anarquista que vemos durar y continuar hasta nuestros días.

Así el movimiento anarquista comenzó siempre bajo la impresión de alguna gran lección práctica, teniendo su origen en las enseñanzas de la misma vida; pero—apenas empezado—procuraba encontrar su expresión y su base teórica y científica. Científica, no porque quisiese expresarse en una jerga incomprensible ó relegarse á la antigua metafísica, sino porque quería probar su fundamento en la ciencia naturalista del tiempo y hacerse una de sus partes.

Ninguna lucha puede conseguir su fin si es inconsciente, si no se da cuenta exacta, concreta, real de este fin. Ninguna destrucción de lo que exis-

te es posible, sin que—en el mismo período de la destrucción ó de las luchas que deben conducir á ella—se tenga en mente la visión del nuevo orden de cosas. Ni tampoco puede hacerse una crítica teórica de lo que existe, sin tener ya delineada una imagen más ó menos neta de lo que se quiere substituir á aquello que ha sido votado á la destrucción. Consientemente ó no, el "ideal"—es decir, la concepción de alguna cosa mejor—se dibuja siempre en la mente de aquel que hace la crítica de las instituciones existentes.

Y esto es verdad especialmente para el hombre de acción. Decir á los hombres! "Destruyamos por ahora el capitalismo, ó la aristocracia; después veremos lo que nos convendrá substituirles"—es engañarse á sí mismo y á los demás. ¡Y una "fuerza" jamás se creará con un engaño! En efecto, el que habla de este modo tiene también una concepción cualquiera de lo que quería ver en lugar de lo que ataca. Así, por ejemplo, trabajando por la demolición de la autocracia, los unos piensan en un porvenir próximo—en una concepción á la inglesa ó a la alemana, los otros sueñan con la república submetida á la potente dictadura de su influencia ó tal vez en una república-monárquica, como en Francia, ó en una república federativa como en los Estados Unidos.

Otros, en fin, tal vez piensan en una limitación más grande del poder del Estado, en una mayor libertad de la ciudad, de las comunas, de las uniones obreras y de toda clase de grupos unidos entre sí por vínculos federales.

Cada partido tiene así su concepción del porvenir, su ideal que le sirve para juzgar todos los hechos que suceden en la vida política y económica de las naciones, y le permite encontrar los medios de acción que se son propios y que le permiten marchar más expeditamente hacia su fin. Por eso es natural que la anarquía, aunque nacida de las luchas cotidianas, haya tra-

bajado también para desenvolverse su ideal; y este ideal, esta meta, estos puntos de vista separaron en seguida á los anarquistas, en sus métodos de acción, de todos los partidos políticos, como también—en gran parte—de los partidos socialistas, que han creído poder mantener el antiguo ideal romano y canónico del Estado, para transportarlo á la sociedad futura de sus sueños.

Pedro Kropotkin.

## A TODOS

Al empezar la nueva era de luchas con la reparación de este periódico y empeñados á no dejar incumplidos los anhelos de llevarlo á vida segura y cotidiana, hacemos un nuevo llamado á los compañeros, para que contribuyan con su óbolo, á fin de que el arreglo de las máquinas se haga efectivo.

Esto nos evitaría el inconveniente con que tropezamos hoy, el de encontrar imprenta que quieran ó puedan imprimirlo; aparte de que importará una grande economía en las ediciones futuras.

Arregladas las máquinas, la aparición de "La Protesta" se regularizaría y la propaganda, hoy descuidada cohardemente, tendría su vehículo más eficaz.

Resulta vergonzoso, para el elemento ácrata, que por serlo así, debiera ser más consecuente con sus ideales, el dejar pasar el tiempo sin que en el período local, encuentren eco las aspiraciones de los hombres libres.

Hemos tenido ocasión sobrada de observar que en los días amargos de la descentralización de nuestros elementos, cuando los hechos vandálicos de la policía llenaban de sombra nuestros hogares, no hubo en la prensa porteña una sola voz de protesta, un solo grito de estupor. Al contrario

si los diarios no aplaudían la reacción policia, se hacían de ellas solidarios con el consentimiento que en casos análogos, otorga el silencio.

Sacándose de una vez esa apatía, y hágame obra segura. Lo que solicitamos es el apoyo material; para convertirlo en una hermosa realidad práctica, para que La Protesta vocada en las calles, interrumpa más de una placida y hoy tranquila digestión burguesa.

**CONTRA EL SECTARISMO**  
UNA COSA ES PREDICAR...

No nos dirigimos únicamente a los extraños. Queremos referirnos también a los nuestros, porque los errores que vamos a señalar son generales.

No nos sentimos animados a dirigir críticas ni censuras a determinados elementos, sino a lamentar la característica que, desgraciadamente, distingue al movimiento social en la Argentina.

El que desde lejos de un vistazo de vez en cuando a este movimiento y lo aprecie en conjunto, tal vez se forme la ilusión de que existe un ambiente algo nuevo, donde los hombres, aunque más o menos divididos en materia de ideas, practicarán algo de ese derroche de fraternidad, solidaridad y tolerancia que aconsejan en los periódicos y folletos de propaganda y de que tanto alarde hacen en sus reuniones. Pero si se desea conocer más íntimamente el medio, si llega a mezclarse en alguna de las fracciones que hoy se dividen el campo en las luchas sociales, no podrá menos que sufrir una decepción al constatar los infimos resultados de la constante propaganda que los elementos de ideas avanzadas vienen realizando desde hace algunos años, al ver la barandita que en el ambiente obrero existe y el equivocado rumbo que lleva.

No creemos, ciertamente, que la evolución se cumple en un día ni que los hombres se transformen de repente al adoptar, más o menos asimilada, una idea. Pero si entendemos que el mismo nivel de conciencia que un determinado ideal corresponde a las aspiraciones que sentimos, si sinceramente creemos en su practicabilidad, forzadamente deberá notarse su benéfica influencia en nuestras acciones, que gradualmente iremos adaptando a las nuevas concepciones que de la vida y de las cosas hemos adquirido. No conseguiremos desprendernos inmediatamente de los errores y vicios adquiridos por una desusada educación. Pero, no guiándonos ningún fin particular al dedicarnos a la propaganda de un ideal, preciso es que tratemos de influir en los demás por medio de nuestra conducta en aquello que nos sea posible mostrar con el ejemplo la excelencia de ese ideal y la sinceridad de nuestras convicciones.

Así, predicar la fraternidad, necesitamos ser de hecho algo fraternales; al pedir tolerancia para con nuestras ideas, precisamos dar el ejemplo. La crítica demoleadora de la organización y de las costumbres por que actualmente se rigen los hombres, no se basta por sí sola. Nada se aniquila completamente en la vida. Todo se modifica o se transforma. Los hábitos y las instituciones no pueden abolirse, se reforman o se sustituyen. Para destruir rancias y perjudiciales costumbres tenemos que instituir otras que sólo se impondrán por el uso. El punto esencial, pues, en la propaganda de las ideas de transformación social está en la sinceridad y en las acciones ejemplares. Sólo así podremos irnos desahucando de lo vicioso y nocivo y adoptando lo nuevo y lo mejor.

En nuestro movimiento social se ha tenido esto en tan poca cuenta que podemos afirmar que la influencia de las ideas en las acciones ha sido superficialísima. Más aún, el movimiento se desarrolla con todos los vicios y errores que tan encarnizadamente combatimos.

Estamos en un verdadero campo de Agramante. Las luchas intestinas y partidarias todo lo desvirtúan. Los hombres no se consideran por lo que son sino por el rótulo que llevan. (Anarquista? Exagerado, charlatán, partidario de la violencia por la violencia, loco, policía... Socialista? Misiflorador, ambicioso, carnero, vendido a la burguesía... Sindicalista? Anfibio, cerebro estrecho y obtuso, antisocialista, perturbador...)

Así se tratan, a veces sin conocerse los cortijos de las nuevas sectas que predicán la igualdad, la fraternidad, la libertad y la tolerancia.

Para asistir a una asamblea gremial en Buenos Aires, a veces es necesario llevar un revólver en el bolsillo, porque hay quien es capaz de darle a uno una lección de tolerancia y de respeto mutuo... rompíendole la cabeza, si no acepta su credo socialista, libertario o sindicalista; y como los dirigentes, los jefes, son los primeros en dar tan desmoralizador ejemplo, éste se refleja en los que los siguen y acatan sus enseñanzas.

Entrar en el campo del obrero organizado en Buenos Aires, es lo peor que puede sucederle a una persona entusiasmada por las nuevas ideas, guiada por la buena y sin práctica de ese movimiento. El flagrante contraste que existe entre la teoría y la práctica, el desbarajuste y la desarmonía que reinan la harán retroceder. Y lo peor es que, aun reconociendo que el mal existe, nadie quiere aceptar la responsabilidad que le toca: todos acusan al adversario.

No pretendemos que terminen las disidencias y los desacuerdos. No. Pero sí que se aplaque esta guerra cruenta, y folletos de propaganda y de que tanto alarde hacen en sus reuniones. Pero si se desea conocer más íntimamente el medio, si llega a mezclarse en alguna de las fracciones que hoy se dividen el campo en las luchas sociales, no podrá menos que sufrir una decepción al constatar los infimos resultados de la constante propaganda que los elementos de ideas avanzadas vienen realizando desde hace algunos años, al ver la barandita que en el ambiente obrero existe y el equivocado rumbo que lleva.

No creemos, ciertamente, que la evolución se cumple en un día ni que los hombres se transformen de repente al adoptar, más o menos asimilada, una idea. Pero si entendemos que el mismo nivel de conciencia que un determinado ideal corresponde a las aspiraciones que sentimos, si sinceramente creemos en su practicabilidad, forzadamente deberá notarse su benéfica influencia en nuestras acciones, que gradualmente iremos adaptando a las nuevas concepciones que de la vida y de las cosas hemos adquirido. No conseguiremos desprendernos inmediatamente de los errores y vicios adquiridos por una desusada educación. Pero, no guiándonos ningún fin particular al dedicarnos a la propaganda de un ideal, preciso es que tratemos de influir en los demás por medio de nuestra conducta en aquello que nos sea posible mostrar con el ejemplo la excelencia de ese ideal y la sinceridad de nuestras convicciones.

—Basta, basta, no te pongas rojito se te arruine el pellejo por eso. Ya no diré más nada y aguardaré a que me alcances aquí para espigar ese tema. Y ahora corto la comunicación algo prolongada de esta noche, y por bastante tiempo, pes a pesar de que no palidecen aún las estrellas, ni inventiva me ha puesto de mal humor. Además, ¿hace rato que siento, desde acá, un he dor de algo así como podrido, y si lo experimento un minuto más terminará por desmayarme. Buen provecho, entonces, amigos, y hasta que te den el paciente de aviatoria. Y huyo; que al efecto que causa el miedo en un vien tre semejante no hay Nariz que resista. ¡Ni yo!

Por el invencible.

LUMEN.

**La nueva diplomacia socialista**

Se decía un día—y quienes lo decían eran socialistas pacíficos, pero sinceros y rectos—que la guerra sería la matriz de la revolución; que a una conflagración de los Estados (ruptura de las relaciones diplomáticas y clamorosa declaración de hostilidad guerrera) el proletariado, se insurreccionaría, que habría iniciado la paciente, dolorosa y sangrienta obra revolucionaria.

Hoy, los socialistas—ciertos socialistas, para ser más precisos—se dan aires de personas expertas en la diplomacia y en las relaciones internacionales, y dicen cosas bien diversas de las que decían los viejos teóricos y los viejos propagandistas. Hablan, por ejemplo, del interés que debía tener en recibir sin oposición al príncipe emperador de todas las Rusias; hablan de la necesidad, y de la utilidad de la triple ó de la doble alianza; hablan del peligro irredentista y ergotizan sobre emigración extranjera, sobre mercado de granos y sobre mercado monetario y petrolero.

Y L. Bonifazi, por lo demás firmante simpática y autor estudioso—ha llegado a ser de algún tiempo acá el mayor y más verdadero diplomático internacional del Partido Socialista de Italia. La política internacional se ha trocado en materia proletaria, y los no muy misteriosos convenios de los ministros reales é imperiales, son estudiados y juzgados por los diplomáticos del Partido Socialista, no con intenciones históricas, sino con prevenciones prácticas.

Así, poco a poco, la pluma bien aludada e ignora se adormece con esperanzas mesiánicas y concibe la guerra como una necesidad irrevocable, ve la riqueza de Italia transformarse—naturalmente—en *dreadthoughts*, monstruosos y olvida que aun existen entre sus riquezas la insurrección y la rebeldía; así, poco a poco, el Socialismo de los viejos socialistas se torna arcaico y romántico, y la verdadera y sana política obrera es sacrificada a la inútil preparación de un ministerio de Estado.

Una de Gergob.

(De la revista *Il Pensiero*, de Roma).

**VOCES HONESTAS**

En los tristes y desalentadores momentos por que atravesamos, cuando en vergonzoso contraste con la reacción todos aplauden y animan la obra de exterminio dirigida contra los propagandistas de Anarquía, nos es grato sobremanera transcribir al estas odas coluinas el hermoso artículo que el distinguido poeta Víctor Domingo Silva publicó en el número 49 de "Ideas y Figuras", la valiente y ágil revista que nuestro compañero Alberto Ghiraldo mantiene con la línea de coherencia activa y digna que lo caracteriza.

"Voces honestas" lo hemos titulado, porque sólo los honestos y los buenos se atreven a alzar el alto estandarte en medio de la oscura y proma cobardía que ha hecho empujarse las lenguas y paralizado los brazos en la oropiscosa y mercantilizada Buenos Aires...

Ningún momento más triste en la historia de los pueblos que aquel en que, bajo la brutalidad de la tiranía, la cobardía hace presa en el alma de los hombres. El imperio policia de Buenos Aires, atraviesa por uno de esos momentos. Yo creí encontrar aquí una cosmópolis moderna por cuyas arterias pasearían sin embozo las libertades públicas, y no he visto hasta ahora más que una inmensa Babel de autómatas adiestrados en la conquista del centavo. Creí que Buenos Aires sería la gran capital latina, pero ¡filiación!

—Basta, basta, no te pongas rojito se te arruine el pellejo por eso. Ya no diré más nada y aguardaré a que me alcances aquí para espigar ese tema. Y ahora corto la comunicación algo prolongada de esta noche, y por bastante tiempo, pes a pesar de que no palidecen aún las estrellas, ni inventiva me ha puesto de mal humor. Además, ¿hace rato que siento, desde acá, un he dor de algo así como podrido, y si lo experimento un minuto más terminará por desmayarme. Buen provecho, entonces, amigos, y hasta que te den el paciente de aviatoria. Y huyo; que al efecto que causa el miedo en un vien tre semejante no hay Nariz que resista. ¡Ni yo!

Por el invencible.

LUMEN.

**La nueva diplomacia socialista**

Se decía un día—y quienes lo decían eran socialistas pacíficos, pero sinceros y rectos—que la guerra sería la matriz de la revolución; que a una conflagración de los Estados (ruptura de las relaciones diplomáticas y clamorosa declaración de hostilidad guerrera) el proletariado, se insurreccionaría, que habría iniciado la paciente, dolorosa y sangrienta obra revolucionaria.

Hoy, los socialistas—ciertos socialistas, para ser más precisos—se dan aires de personas expertas en la diplomacia y en las relaciones internacionales, y dicen cosas bien diversas de las que decían los viejos teóricos y los viejos propagandistas. Hablan, por ejemplo, del interés que debía tener en recibir sin oposición al príncipe emperador de todas las Rusias; hablan de la necesidad, y de la utilidad de la triple ó de la doble alianza; hablan del peligro irredentista y ergotizan sobre emigración extranjera, sobre mercado de granos y sobre mercado monetario y petrolero.

Y L. Bonifazi, por lo demás firmante simpática y autor estudioso—ha llegado a ser de algún tiempo acá el mayor y más verdadero diplomático internacional del Partido Socialista de Italia. La política internacional se ha trocado en materia proletaria, y los no muy misteriosos convenios de los ministros reales é imperiales, son estudiados y juzgados por los diplomáticos del Partido Socialista, no con intenciones históricas, sino con prevenciones prácticas.

Así, poco a poco, la pluma bien aludada e ignora se adormece con esperanzas mesiánicas y concibe la guerra como una necesidad irrevocable, ve la riqueza de Italia transformarse—naturalmente—en *dreadthoughts*, monstruosos y olvida que aun existen entre sus riquezas la insurrección y la rebeldía; así, poco a poco, el Socialismo de los viejos socialistas se torna arcaico y romántico, y la verdadera y sana política obrera es sacrificada a la inútil preparación de un ministerio de Estado.

Una de Gergob.

(De la revista *Il Pensiero*, de Roma).

**VOCES HONESTAS**

En los tristes y desalentadores momentos por que atravesamos, cuando en vergonzoso contraste con la reacción todos aplauden y animan la obra de exterminio dirigida contra los propagandistas de Anarquía, nos es grato sobremanera transcribir al estas odas coluinas el hermoso artículo que el distinguido poeta Víctor Domingo Silva publicó en el número 49 de "Ideas y Figuras", la valiente y ágil revista que nuestro compañero Alberto Ghiraldo mantiene con la línea de coherencia activa y digna que lo caracteriza.

"Voces honestas" lo hemos titulado, porque sólo los honestos y los buenos se atreven a alzar el alto estandarte en medio de la oscura y proma cobardía que ha hecho empujarse las lenguas y paralizado los brazos en la oropiscosa y mercantilizada Buenos Aires...

Ningún momento más triste en la historia de los pueblos que aquel en que, bajo la brutalidad de la tiranía, la cobardía hace presa en el alma de los hombres. El imperio policia de Buenos Aires, atraviesa por uno de esos momentos. Yo creí encontrar aquí una cosmópolis moderna por cuyas arterias pasearían sin embozo las libertades públicas, y no he visto hasta ahora más que una inmensa Babel de autómatas adiestrados en la conquista del centavo. Creí que Buenos Aires sería la gran capital latina, pero ¡filiación!

que se ha hecho dolorosa me he convencido de que no es más que el formidable reducto de ilustres ganapanes, a cuyo servicio el Estado tutelar pone incondicionalmente sus tres poderosos, conculcados, con más el nuevo y temeroso poder policia, que ha concluido por absorberlo todo.

He buscado con ojos ávidos a los pensadores y he dado ¡oh desengaño! con tal ó cual misántropo. He buscado al tribuno y ¡oh vergüenza! he encontrado el vaso, sonoro por vacío, de que hablaba el filósofo heleno. He buscado al luchador y ¡oh iniquidad! lo he descubierto por la impresión de sus yemas en la fecha de la sección de pesquisas. Y no he buscado al periodista, porque éste, portándose de la co-ropiscosa, me salió al encuentro para arrancar de mí escarcela de viajero los cuatro doblones con que es forzoso contribuir a la prosperidad de la prensa informativa.

Entre tanto estropajo dorado por el sol, hay una bandera: "Ideas y Figuras". Entre tanto espíritu gnuiloso, he visto un hombre de corazón: Alberto Ghiraldo. Loado sea Dios. Porque no está solo. Está con él la pléyade de los que saben sentir y pensar, y la inmensa muchedumbre de los infortunados que aguardan desde siglos atrás, su redención. Yo no sabría ¿a qué comparar el hermoso gesto de esta publicación que representa para mí todo lo que se puede ambicionar en el vasto campo de las luchas intelectuales. No diría que es como la última voz que se oye en el medio de una turba de des-espavoridos, ó el canto del ruiseñor en el silencio trágico de la noche que sigue a una batalla campal. En este inmenso hazarero del medio colectivo, "Ideas y Figuras" es el único rincón en que no se oye el ataque de la plaga.

¿Qué plaga! El medio, que empezó siendo una determinada forma de gobierno todas sus esperanzas de emancipación económico-social, hasta el punto de llamar a su República la Social, se horrorizó de ver lo que sucede en países repa- rados en una catástrofe. El miedo, villano de las sagradas puertas de las cénitas, fecundó la ignorancia de los legisladores; y nació un hijo, que es un monstruo: la Ley de Defensa Social. Este documento, único en su especie es el testamento de su suicidio. El legislador que lo votó, dijo: "Yo no existo". El mandatario que lo votó con su firma, agregó todavía: "La policia es el Estado". Y la verdad, como nuestros padres en el paraíso, después del pecado, se dio cuenta de que estaba desahuciado y aceptó, para esconderse, el calabozo de una comisaría; y la Libertad, harta de alimbar horrores, apagó su antorcha, porque Hamaba demasiado la atención; y la Justicia, ciega como Isaac, cayó en el engaño y cambió su espada tradicional por el yatagán de un vigilante.

Con profundo dolor asisto al espectáculo de este pueblo que, cien años después de promulgada la ley de libertad de imprenta—la más hermosa expresión de la libertad del pensamiento—no ha tenido un solo diario que haya entonado el aleydu de tan magno fasto. Con intima alarma voy viendo como, bajo el gorro frigio de esta opulenta República, se adivinan los dolores de una corona imperial. Y con desconuelo intenso escucho como cruge al agrietarse, el glorioso edificio levantado por las generaciones pasadas. Malos hijos, estamos desconociendo el valor del patrimonio político y social que recibimos, y la herencia de nuestros ascendientes se está desvaneciendo en nuestras manos como una mentira en la que nunca se debió creer. El momento presente, apenas pasado el primer centenario de la república, se parece al final de una mascarada: las manos temerosas, arrancan las caretas, y los rostros lividos dejan ver la mueca del asco y de la vergüenza.

En este momento "Ideas y Figuras" es la voz del himno y del anatema. Es salmo y marselesa, es protesta y misere-re. Acaso un día ú otro empasteló sus tipos y aviente sus hojas el qué sayonesco de la policia, pero—¿qué importa?—de cada tipo y cada hoja saldrá un alma nueva que, como el pólen disperso por la ráfaga, irá des- parramando la vida. No hará el despo- sible gatonado de la América, en el siglo XX, lo que no pudo hacer Torcuato de Alencar, ni Clemente VII en los tiempos sombríos de la vieja Europa.

Victor Domingo Silva.

Por el invencible.

LUMEN.

**La nueva diplomacia socialista**

que se ha hecho dolorosa me he convencido de que no es más que el formidable reducto de ilustres ganapanes, a cuyo servicio el Estado tutelar pone incondicionalmente sus tres poderosos, conculcados, con más el nuevo y temeroso poder policia, que ha concluido por absorberlo todo.

He buscado con ojos ávidos a los pensadores y he dado ¡oh desengaño! con tal ó cual misántropo. He buscado al tribuno y ¡oh vergüenza! he encontrado el vaso, sonoro por vacío, de que hablaba el filósofo heleno. He buscado al luchador y ¡oh iniquidad! lo he descubierto por la impresión de sus yemas en la fecha de la sección de pesquisas. Y no he buscado al periodista, porque éste, portándose de la co-ropiscosa, me salió al encuentro para arrancar de mí escarcela de viajero los cuatro doblones con que es forzoso contribuir a la prosperidad de la prensa informativa.

Entre tanto estropajo dorado por el sol, hay una bandera: "Ideas y Figuras". Entre tanto espíritu gnuiloso, he visto un hombre de corazón: Alberto Ghiraldo. Loado sea Dios. Porque no está solo. Está con él la pléyade de los que saben sentir y pensar, y la inmensa muchedumbre de los infortunados que aguardan desde siglos atrás, su redención. Yo no sabría ¿a qué comparar el hermoso gesto de esta publicación que representa para mí todo lo que se puede ambicionar en el vasto campo de las luchas intelectuales. No diría que es como la última voz que se oye en el medio de una turba de des-espavoridos, ó el canto del ruiseñor en el silencio trágico de la noche que sigue a una batalla campal. En este inmenso hazarero del medio colectivo, "Ideas y Figuras" es el único rincón en que no se oye el ataque de la plaga.

¿Qué plaga! El medio, que empezó siendo una determinada forma de gobierno todas sus esperanzas de emancipación económico-social, hasta el punto de llamar a su República la Social, se horrorizó de ver lo que sucede en países repa- rados en una catástrofe. El miedo, villano de las sagradas puertas de las cénitas, fecundó la ignorancia de los legisladores; y nació un hijo, que es un monstruo: la Ley de Defensa Social. Este documento, único en su especie es el testamento de su suicidio. El legislador que lo votó, dijo: "Yo no existo". El mandatario que lo votó con su firma, agregó todavía: "La policia es el Estado". Y la verdad, como nuestros padres en el paraíso, después del pecado, se dio cuenta de que estaba desahuciado y aceptó, para esconderse, el calabozo de una comisaría; y la Libertad, harta de alimbar horrores, apagó su antorcha, porque Hamaba demasiado la atención; y la Justicia, ciega como Isaac, cayó en el engaño y cambió su espada tradicional por el yatagán de un vigilante.

Con profundo dolor asisto al espectáculo de este pueblo que, cien años después de promulgada la ley de libertad de imprenta—la más hermosa expresión de la libertad del pensamiento—no ha tenido un solo diario que haya entonado el aleydu de tan magno fasto. Con intima alarma voy viendo como, bajo el gorro frigio de esta opulenta República, se adivinan los dolores de una corona imperial. Y con desconuelo intenso escucho como cruge al agrietarse, el glorioso edificio levantado por las generaciones pasadas. Malos hijos, estamos desconociendo el valor del patrimonio político y social que recibimos, y la herencia de nuestros ascendientes se está desvaneciendo en nuestras manos como una mentira en la que nunca se debió creer. El momento presente, apenas pasado el primer centenario de la república, se parece al final de una mascarada: las manos temerosas, arrancan las caretas, y los rostros lividos dejan ver la mueca del asco y de la vergüenza.

En este momento "Ideas y Figuras" es la voz del himno y del anatema. Es salmo y marselesa, es protesta y misere-re. Acaso un día ú otro empasteló sus tipos y aviente sus hojas el qué sayonesco de la policia, pero—¿qué importa?—de cada tipo y cada hoja saldrá un alma nueva que, como el pólen disperso por la ráfaga, irá des- parramando la vida. No hará el despo- sible gatonado de la América, en el siglo XX, lo que no pudo hacer Torcuato de Alencar, ni Clemente VII en los tiempos sombríos de la vieja Europa.

Victor Domingo Silva.

Por el invencible.

LUMEN.

**La nueva diplomacia socialista**

que se ha hecho dolorosa me he convencido de que no es más que el formidable reducto de ilustres ganapanes, a cuyo servicio el Estado tutelar pone incondicionalmente sus tres poderosos, conculcados, con más el nuevo y temeroso poder policia, que ha concluido por absorberlo todo.

He buscado con ojos ávidos a los pensadores y he dado ¡oh desengaño! con tal ó cual misántropo. He buscado al tribuno y ¡oh vergüenza! he encontrado el vaso, sonoro por vacío, de que hablaba el filósofo heleno. He buscado al luchador y ¡oh iniquidad! lo he descubierto por la impresión de sus yemas en la fecha de la sección de pesquisas. Y no he buscado al periodista, porque éste, portándose de la co-ropiscosa, me salió al encuentro para arrancar de mí escarcela de viajero los cuatro doblones con que es forzoso contribuir a la prosperidad de la prensa informativa.

Entre tanto estropajo dorado por el sol, hay una bandera: "Ideas y Figuras". Entre tanto espíritu gnuiloso, he visto un hombre de corazón: Alberto Ghiraldo. Loado sea Dios. Porque no está solo. Está con él la pléyade de los que saben sentir y pensar, y la inmensa muchedumbre de los infortunados que aguardan desde siglos atrás, su redención. Yo no sabría ¿a qué comparar el hermoso gesto de esta publicación que representa para mí todo lo que se puede ambicionar en el vasto campo de las luchas intelectuales. No diría que es como la última voz que se oye en el medio de una turba de des-espavoridos, ó el canto del ruiseñor en el silencio trágico de la noche que sigue a una batalla campal. En este inmenso hazarero del medio colectivo, "Ideas y Figuras" es el único rincón en que no se oye el ataque de la plaga.

¿Qué plaga! El medio, que empezó siendo una determinada forma de gobierno todas sus esperanzas de emancipación económico-social, hasta el punto de llamar a su República la Social, se horrorizó de ver lo que sucede en países repa- rados en una catástrofe. El miedo, villano de las sagradas puertas de las cénitas, fecundó la ignorancia de los legisladores; y nació un hijo, que es un monstruo: la Ley de Defensa Social. Este documento, único en su especie es el testamento de su suicidio. El legislador que lo votó, dijo: "Yo no existo". El mandatario que lo votó con su firma, agregó todavía: "La policia es el Estado". Y la verdad, como nuestros padres en el paraíso, después del pecado, se dio cuenta de que estaba desahuciado y aceptó, para esconderse, el calabozo de una comisaría; y la Libertad, harta de alimbar horrores, apagó su antorcha, porque Hamaba demasiado la atención; y la Justicia, ciega como Isaac, cayó en el engaño y cambió su espada tradicional por el yatagán de un vigilante.

Con profundo dolor asisto al espectáculo de este pueblo que, cien años después de promulgada la ley de libertad de imprenta—la más hermosa expresión de la libertad del pensamiento—no ha tenido un solo diario que haya entonado el aleydu de tan magno fasto. Con intima alarma voy viendo como, bajo el gorro frigio de esta opulenta República, se adivinan los dolores de una corona imperial. Y con desconuelo intenso escucho como cruge al agrietarse, el glorioso edificio levantado por las generaciones pasadas. Malos hijos, estamos desconociendo el valor del patrimonio político y social que recibimos, y la herencia de nuestros ascendientes se está desvaneciendo en nuestras manos como una mentira en la que nunca se debió creer. El momento presente, apenas pasado el primer centenario de la república, se parece al final de una mascarada: las manos temerosas, arrancan las caretas, y los rostros lividos dejan ver la mueca del asco y de la vergüenza.

En este momento "Ideas y Figuras" es la voz del himno y del anatema. Es salmo y marselesa, es protesta y misere-re. Acaso un día ú otro empasteló sus tipos y aviente sus hojas el qué sayonesco de la policia, pero—¿qué importa?—de cada tipo y cada hoja saldrá un alma nueva que, como el pólen disperso por la ráfaga, irá des- parramando la vida. No hará el despo- sible gatonado de la América, en el siglo XX, lo que no pudo hacer Torcuato de Alencar, ni Clemente VII en los tiempos sombríos de la vieja Europa.

Victor Domingo Silva.

primen y maceran la realidad social para hacerla entrar en el conducto estrecho de las concepciones particulares. Somos en- tregados a la acción, somos prácticos que alejamos resucitando espaldas nuestra mente y aun de nuestras palabras, inclinadas siempre por la labor creadora, la realización de las imposiciones y de la explotación, de los prejuicios y de las ideologías fatalistas ó entropiceadoras. Vamos a la conquista del pan que se nos da y del aire que se empujan en enrare- sado, precisamente todos esos, que por la puridad, ó no parece conservadores de la horrenda organización social actual, se titulan avanzados y liberales, aferrándose cuanto pueden a la rutina y los privilegios. Lo que no impide que seamos también gallardamente románticos y artistas inspirados, enaltecedores de la vida ya que la queremos y la hacemos más digna de que ser amada.

Esta es nuestra ventaja; ser anarquistas. Ninguna autoridad, ninguna imposición económica es compatible con la libertad, esencia misma de la vida. En cambio, la solidaridad y el mutuo afecto son las condiciones primordiales por las que la vida social se mantiene a pesar de todos los egoísmos, y a ellas acudimos como hombres bien dotados capaces de triunfar de todas las resistencias opresoras. Por otra parte, somos los productores, los artifices creadores de cuanto la humanidad consume y posee, de cuanto constituye civilización, fuerza y riqueza. Por eso sólo nos interesa que no haya quien se apropie desconsideradamente el fruto de nuestros esfuerzos y sabemos que, una vez conseguido esto, los pueblos libres y dueños de sí mismos se organizarán espontáneamente en la forma que mejor responda a esta soberana necesidad social de bienestar y de independencia material y moral. ¿Por qué entonces preocuparnos de buscar, esa liberal fuente de vida en las formas institucionales hijas del capitalismo, de la apropiación individual, de la esclavitud económica, en fin? No hay necesidad de organización política—una vez hallada la forma de organización económica de la sociedad (el comunismo), garantizadora de la cooperación de todos en la elaboración y disfrute del patrimonio universal.

Eso es lo que nos diferencia y distancia de los inconsecuentes que, dando vueltas a un círculo sin salida, se contradicen y combaten inútilmente en el inferto campo de la política. Ellos no salen aun que quieren de una organización social viciada por los privilegios y preponderancias de una clase predominante y parasita. Frente a ellos y a los que sin escrúpulos defendían la tiranía con realcitrante impudicia nos hallamos nosotros los trabajadores libertarios, que prescindiendo de lo accesorio, vamos a lo fundamental atacando las raíces mismas de un régimen que nos aplasta moral y materialmente.

Hablamos ya en nombre propio, como hombres libres y dignos y como productores emancipados. Bajo ningún pretexto no aceptamos tutela alguna y sólo un paso nos falta para llegar a la liberación del trabajo objetivo al que nos encaminamos. En todo caso ese paso lo esperamos salvar gracias a nadie más que a los que como nosotros padecemos y necesitan liberarse, y por eso les hablamos como componentes de nuestra misma clase social desheredada y laboriosa. ¿Revolución! Eso es lo que de ellos esperamos, no sometimiento ni ideologías vergonzantes.

En nuestro campo genuinamente de labor y de acción emancipadora no caben los ideólogos y los casuistas, y si alguna vez se atreven a ilusionarse a sí mismos compariendo en él no hacen más que atravesar el ridículo y el menosprecio. Más vigorosos y viriles, más sanos y fuertes, nosotros tenemos ideales vivientes, encarnación de energías indomables, expresión sublime de nuestra necesidad de vida, de libertad, de emancipación. Es necesario afirmar todo sin descanso mientras andemos a las instituciones del trabajo, los organismos sindicales, para sus acausar pretendiendo distraer con ensañaciones de redención política. Impidamos que estas fuerzas, latentes siempre, se atrofien ó desvien, que todos los idealismos teóricos se declaren en retirada ante el ideal práctico que avanza, la Anarquía.

H. Grau.

Por el invencible.

LUMEN.

**La nueva diplomacia socialista**

que se ha hecho dolorosa me he convencido de que no es más que el formidable reducto de ilustres ganapanes, a cuyo servicio el Estado tutelar pone incondicionalmente sus tres poderosos, conculcados, con más el nuevo y temeroso poder policia, que ha concluido por absorberlo todo.

He buscado con ojos ávidos a los pensadores y he dado ¡oh desengaño! con tal ó cual misántropo. He buscado al tribuno y ¡oh vergüenza! he encontrado el vaso, sonoro por vacío, de que hablaba el filósofo heleno. He buscado al luchador y ¡oh iniquidad! lo he descubierto por la impresión de sus yemas en la fecha de la sección de pesquisas. Y no he buscado al periodista, porque éste, portándose de la co-ropiscosa, me salió al encuentro para arrancar de mí escarcela de viajero los cuatro doblones con que es forzoso contribuir a la prosperidad de la prensa informativa.

Entre tanto estropajo dorado por el sol, hay una bandera: "Ideas y Figuras". Entre tanto espíritu gnuiloso, he visto un hombre de corazón: Alberto Ghiraldo. Loado sea Dios. Porque no está solo. Está con él la pléyade de los que saben sentir y pensar, y la inmensa muchedumbre de los infortunados que aguardan desde siglos atrás, su redención. Yo no sabría ¿a qué comparar el hermoso gesto de esta publicación que representa para mí todo lo que se puede ambicionar en el vasto campo de las luchas intelectuales. No diría que es como la última voz que se oye en el medio de una turba de des-espavoridos, ó el canto del ruiseñor en el silencio trágico de la noche que sigue a una batalla campal. En este inmenso hazarero del medio colectivo, "Ideas y Figuras" es el único rincón en que no se oye el ataque de la plaga.

¿Qué plaga! El medio, que empezó siendo una determinada forma de gobierno todas sus esperanzas de emancipación económico-social, hasta el punto de llamar a su República la Social, se horrorizó de ver lo que sucede en países repa- rados en una catástrofe. El miedo, villano de las sagradas puertas de las cénitas, fecundó la ignorancia de los legisladores; y nació un hijo, que es un monstruo: la Ley de Defensa Social. Este documento, único en su especie es el testamento de su suicidio. El legislador que lo votó, dijo: "Yo no existo". El mandatario que lo votó con su firma, agregó todavía: "La policia es el Estado". Y la verdad, como nuestros padres en el paraíso, después del pecado, se dio cuenta de que estaba desahuciado y aceptó, para esconderse, el calabozo de una comisaría; y la Libertad, harta de alimbar horrores, apagó su antorcha, porque Hamaba demasiado la atención; y la Justicia, ciega como Isaac, cayó en el engaño y cambió su espada tradicional por el yatagán de un vigilante.

Con profundo dolor asisto al espectáculo de este pueblo que, cien años después de promulgada la ley de libertad de imprenta—la más hermosa expresión de la libertad del pensamiento—no ha tenido un solo diario que haya entonado el aleydu de tan magno fasto. Con intima alarma voy viendo como, bajo el gorro frigio de esta opulenta República, se adivinan los dolores de una corona imperial. Y con desconuelo intenso escucho como cruge al agrietarse, el glorioso edificio levantado por las generaciones pasadas. Malos hijos, estamos desconociendo el valor del patrimonio político y social que recibimos, y la herencia de nuestros ascendientes se está desvaneciendo en nuestras manos como una mentira en la que nunca se debió creer. El momento presente, apenas pasado el primer centenario de la república, se parece al final de una mascarada: las manos temerosas, arrancan las caretas, y los rostros lividos dejan ver la mueca del asco y de la vergüenza.

En este momento "Ideas y Figuras" es la voz del himno y del anatema. Es salmo y marselesa, es protesta y misere-re. Acaso un día ú otro empasteló sus tipos y aviente sus hojas el qué sayonesco de la policia, pero—¿qué importa?—de cada tipo y cada hoja saldrá un alma nueva que, como el pólen disperso por la ráfaga, irá des- parramando la vida. No hará el despo- sible gatonado de la América, en el siglo XX, lo que no pudo hacer Torcuato de Alencar, ni Clemente VII en los tiempos sombríos de la vieja Europa.

Victor Domingo Silva.

Por el invencible.

LUMEN.

**La nueva diplomacia socialista**

que se ha hecho dolorosa me he convencido de que no es más que el formidable reducto de ilustres ganapanes, a cuyo servicio el Estado tutelar pone incondicionalmente sus tres poderosos, conculcados, con más el nuevo y temeroso poder policia, que ha concluido por absorberlo todo.

He buscado con ojos ávidos a los pensadores y he dado ¡oh desengaño! con tal ó cual misántropo. He buscado al tribuno y ¡oh vergüenza! he encontrado el vaso, sonoro por vacío, de que hablaba el filósofo heleno. He buscado al luchador y ¡oh iniquidad! lo he descubierto por la impresión de sus yemas en la fecha de la sección de pesquisas. Y no he buscado al periodista, porque éste, portándose de la co-ropiscosa, me salió al encuentro para arrancar de mí escarcela de viajero los cuatro doblones con que es forzoso contribuir a la prosperidad de la prensa informativa.

Entre tanto estropajo dorado por el sol, hay una bandera: "Ideas y Figuras". Entre tanto espíritu gnuiloso, he visto un hombre de corazón: Alberto Ghiraldo. Loado sea Dios. Porque no está solo. Está con él la pléyade de los que saben sentir y pensar, y la inmensa muchedumbre de los infortunados que aguardan desde siglos atrás, su redención. Yo no sabría ¿a qué comparar el hermoso gesto de esta publicación que representa para mí todo lo que se puede ambicionar en el vasto campo de las luchas intelectuales. No diría que es como la última voz que se oye en el medio de una turba de des-espavoridos, ó el canto del ruiseñor en el silencio trágico de la noche que sigue a una batalla campal. En este inmenso hazarero del medio colectivo, "Ideas y Figuras" es el único rincón en que no se oye el ataque de la plaga.

¿Qué plaga! El medio, que empezó siendo una determinada forma de gobierno todas sus esperanzas de emancipación económico-social, hasta el punto de llamar a su República la Social, se horrorizó de ver lo que sucede en países repa- rados en una catástrofe. El miedo, villano de las sagradas puertas de las cénitas, fecundó la ignorancia de los legisladores; y nació un hijo, que es un monstruo: la Ley de Defensa Social. Este documento, único en su especie es el testamento de su suicidio. El legislador que lo votó, dijo: "Yo no existo". El mandatario que lo votó con su firma, agregó todavía: "La policia es el Estado". Y la verdad, como nuestros padres en el paraíso, después del pecado, se dio cuenta de que estaba desahuciado y aceptó, para esconderse, el calabozo de una comisaría; y la Libertad, harta de alimbar horrores, apagó su antorcha, porque Hamaba demasiado la atención; y la Justicia, ciega como Isaac, cayó en el engaño y cambió su espada tradicional por el yatagán de un vigilante.

Con profundo dolor asisto al espectáculo de este pueblo que, cien años después de promulgada la ley de libertad de imprenta—la más hermosa expresión de la libertad del pensamiento—no ha tenido un solo diario que haya entonado el aleydu de tan magno fasto. Con intima alarma voy viendo como, bajo el gorro frigio de esta opulenta República, se adivinan los dolores de una corona imperial. Y con desconuelo intenso escucho como cruge al agrietarse, el glorioso edificio levantado por las generaciones pasadas. Malos hijos, estamos desconociendo el valor del patrimonio político y social que recibimos, y la herencia de nuestros ascendientes se está desvaneciendo en nuestras manos como una mentira en la que nunca se debió creer. El momento presente, apenas pasado el primer centenario de la república, se parece al final de una mascarada: las manos temerosas, arrancan las caretas, y los rostros lividos dejan ver la mueca del asco y de la vergüenza.

En este momento "Ideas y Figuras" es la voz del himno y del anatema. Es salmo y marselesa, es protesta y misere-re. Acaso un día ú otro empasteló sus tipos y aviente sus hojas el qué sayonesco de la policia, pero—¿qué importa?—de cada tipo y cada hoja saldrá un alma nueva que, como el pólen disperso por la ráfaga, irá des- parramando la vida. No hará el despo- sible gatonado de la América, en el siglo XX, lo que no pudo hacer Torcuato de Alencar, ni Clemente VII en los tiempos sombríos de la vieja Europa.

Victor Domingo Silva.

les se encuentran por la exoneración del antagonismo, cada vez mayor, de los intereses, y del que como si cambiáramos más de prisa a una barbarie no igualada en tiempo alguno, La violencia se enseñorea de todos los pueblos. Una violencia de crueldades inauditas, de bestiales atrocidades que jamás, jamás, ha registrado la historia, característica ése que nos ponamos llamamos civilización.

Los mismos hombres que en sus desahogos literarios ó políticos abominan de la barbarie primitiva, que pintan con negros colores de salvajismo y la crueldad de nuestros antepasados, son los que en su calidad de conductores de pueblos estatuyen la violencia y encarrilan al mundo hacia la más despiadada destrucción del hombre por el hombre. Todo lo que es organización política y financiera, todo lo que es preparación patriótica, exaltación de la nacionalidad ó del poder público, parece hecho en vista de fines de bendicidaje más que con el propósito de armonizar los intereses contrapuestos de la comunidad. La subordinación primero, la destrucción después: no hay otra finalidad. Es una fuerza ciega actuando independientemente por el aniquilamiento total.

Los más realcitrantes conservadores extreman brutalmente las represiones. Los más dultiznos liberales acuden a la zancadilla y echan el lazo suavemente para caigan los incautos y se enreden los avisados. Y aún hay gentes que se dicen al servicio de la revolución y del porvenir que aguzan también al ingenio para ir dispersando y extinguiendo esa gran fuerza que representan las clases trabajadoras, hoy en pie de guerra frente a todas las barbaries gubernamentales y frente a todas las servicias del capitalismo triunfante.

Los Estados del mundo civilizado van dejando tras sí un negrero de sangre. Se persigue; se acorrala; se encierra, se mata en sus composiciones, sin dolor; se siembra la muerte friamente, por cálculo. La palabra humanidad en los labios; en el corazón odio feroz al hombre. A la mayor gloria de un puñado de afortunados, es preciso aplastar a la multitud que se encrespa y se rebela. Y a esto se camina sin miramientos, sin debilidades humanistas, sin gerigonzas de moralidad. La salvación del privilegio por encima de todo.

No bastaban las atrocidades de Rusia autócrata, no bastaban las barbaridades de la España mauritana y fraulana, las tropelías de la casi socialista Francia. Un pueblo recién ganado por los mamotres de acero y para los rebanos de hombres que se dejan matar por una futilidad patriótica, nos ha tomado también como espejo en lo político y ha segado las cabezas de unos cuantos compañeros, hinchados por un ideal de justicia y de dicha para todos. El Japón se ha colocado

unos días en "La Vanguardia", corrobora lo que decimos y pone al descubierto la pobre mentalidad de estos hombres, perturbada por los consejos de sus jefes, Lean:

"El deber de los socialistas—La actitud incorrecta y exclusivamente agresiva que ciertos elementos haciendo el juego a la burguesía, observan frente a los obreros socialistas dentro de las entidades gremiales, tiene que determinar—forzosamente, una nueva fase en la organización obrera, ya que éstos, cansados de servir de comparasa a sus propios detractores habrán de separarse de ellos propendiendo a la creación de nuevos organismos.

Esta solución que a algunos parecerá exagerada, es, sin embargo, la que mejor cuadra en las circunstancias actuales, y a que ella se realice cuanto antes debe tener toda la actividad que desplieguen los obreros socialistas.

Quizás algunos obreros socialistas opongan resistencia a esta medida. Hay entre nosotros la costumbre, rayana en prejuicio, de aguantar el escarabajo, escuchar la diatriba, sufrir el vilipendio, hacer caso omiso del insulto y no impacientarse aunque le hagan burla con tal de no quebrantar la unidad de la organización. Todo esto que aparentemente es altruista a nosotros nos parece sencillamente ridículo.

Es preciso, a nuestro juicio, que los obreros socialistas abandonemos la actitud de pasividad que nos ha caracterizado hasta el presente y entremos en una era de actividad combatiendo a nuestros detractores. Esta actitud nuestra se hace indispensable. Creemos que llegó el momento en que debemos dejar de ser quiétopes.

Hagámonos duros y claros con ellos; tan duros y claros como sea necesario, abominando de toda blandura equívoca é importuna. Repudiémoslos y combatámoslos duramente, si de combatirlos y repudiarlos hay necesidad: pero no les pretemos nuestro concurso para que ellos hagan obra anti-socialista.

Haciéndolo así, cumpliremos dignamente nuestro deber.—J. López."

¿Puede haber nada más confuso, más equívoco y... más imbécil?

### COMENTARIOS

Acabo de leer en "La Acción Obrera", una conferencia dada por E. Troise en el local de los conductores de carros de Buenos Aires, y no puedo resistir el deseo de comentarla.

Por de pronto no deja de ser antitético, que quien opina que el sindicalismo es acción y se está creando por sí mismo, haga propaganda sindicalista. O sobra ésta ó no es cierto lo otro.

No haré hincapié sobre ello. El objeto de Troise es ir contra el anarquismo, haciendo, tal vez sin percatarse de ello, obra complementaria a la de la policía argentina que el anarquismo lleva hace años una guerra sin cuartel.

Y como uno de los objetos de Troise—y posiblemente el principal—es atacar al anarquismo, creo necesario contestarle, en la parte pertinente.

El anarquismo no es una filosofía, así, á secas. El anarquismo es una filosofía basada de los hechos, ni más ni menos que lo que de teoría tiene el sindicalismo, según el mismo Troise demuestra simplemente con el acto de su discurso.

Y es una filosofía de hechos sociales, es decir económicos y políticos. No se trata, pues, de abstracciones, ni de idealismos, lirismos y otras ensoñaciones por el estilo.

Se ha visto en qué consistía el malestar social y se ha deducido con lógica irrefutable que extirpando las causas que lo crean es forzoso desaparecer.

Lo único discutible es si son esas u otras las causas. Si son las que señalamos los anarquistas, ó no lo son. Para los católicos no lo son.

Para nosotros y con nosotros los sindicalistas y los socialistas de buena fe, sí lo son.

Después vienen distintas apreciaciones sobre el modo de extirparlas, y la posibilidad de hacerlo.

Los socialistas confían en extirparlas pacíficamente.

Los sindicalistas y anarquistas por medio de la revolución.

Entre estos existe sin embargo una diferencia: Los sindicalistas dan poca importancia al principio de autoridad, y

en general á lo que podríamos llamar, liberación interior.

Creo ó afecto creer que la propaganda teórica es innecesaria; inocua y que una vez revolucionado el sistema económico, por sí sola—como consecuencia inmediata—desaparecería la autoridad.

Los anarquistas opinan por el contrario que la propaganda teórica es necesaria, de imprescindible necesidad; por cuanto que son muchos los hombres que aún encontrándose mal, aún hallando la sociedad organizada de una manera que á ellos perjudica, no se les ocurre que esto sea remediable y transigen con ello como con uno de esos males incurables. A lo sumo esperan todo de la perfección humana, de la bondad futura de los hombres.

Creemos igualmente que puede subsistir el principio de autoridad con todos los males inherentes al mismo, aun cuando el sistema económico—la producción y el consumo—se organicen de otra manera.

Son, pues, estas creencias nuestras las que necesitan destruir quienes se ponen á criticar al anarquismo, concretándose á llamarle despectivamente "filosofía", y aun filosofía de descontentos, como si el sindicalismo no fuese igualmente la obra de los descontentos.

Repetimos lo ya dicho: no basta sentirse mal; es preciso saber por qué se encuentra uno mal y cómo puede dejar de estar mal.

En esto consiste todo el engorro del anarquismo, y ahí está toda su fuerza de acción; el secreto de esa fuerza, que es precisamente la idea, el conocimiento de las causas del mal social y del medio de hacerlo desaparecer.

Así la idea, la filosofía, mueve, determina á los hombres y los hace accionar, que es precisamente lo que hace falta.

Así, libertados los hombres de los prejuicios que los atan y contienen, del respeto al gobierno cuya razón de existir se conoce ampliamente; del respeto á la propiedad cuya iniquidad se sabe, viene la acción revolucionaria, el deseo impetuoso é irresistible de concluir con lo que perjudica, daña, y su reemplazo por lo que beneficiar puede.

Es una tontería hacer distingos entre productores y hombres; ya que los productores antes que tales, y siempre, son hombres. Y aún, si el problema fuese tan sólo económico, podría transigirse con tal distingio, pero como no es solamente económico, sino que lo es también político y tiene hondos raigambres morales, preciso es hablar de hombres más bien que no de productores, puesto que no se es solo esclavo económicamente, como productor, sino política y moralmente como hombre.

Es en verdad chocante lo que en la Argentina ocurre con el sindicalismo y el anarquismo. En tanto que en Europa van unidos sindicalistas y anarquistas, en Buenos Aires se pelean constantemente sin perjuicio de andar todos los días intentando unirse y preconizando la necesidad de esa unión. Y para mayor contrasentido, se trata de anarquistas muy sindicalistas y de sindicalistas que pretigan á todos vientos su revolucionarismo.

Con el solo pretexto de la inutilidad y utilidad de la propaganda teórica—que unos y otros practican, aún los que la niegan toda influencia—se mantienen separados y, como gatos y perros, dando la sensación de que más bien se trata de una puja de propagandistas ó de que bajo el nombre de sindicalismo, hay otra tendencia especial.

Es pueril este empeño en atacar la propaganda de ideas y sin embargo propagar teorías, y teorías que al fin de cuentas no se diferencian de esas ideas más que en extensión, ya que si los sindicalistas hablan sólo de economía, y en forma idéntica á los anarquistas, nosotros hablamos de economía, política y moral.

¿Es necesario hablar de esto, hacer propaganda? Y bien; aún siendo innecesario, en nada pueden dañar á los que así dicen, y añaden que basta ser obrero para sentirse sindicalista y emancipado... aunque con sus periódicos demuestren otra cosa, demuestren la necesidad de la propaganda, haciéndola continuamente.

Eduardo G. Giménez.

### La obra de "La Protesta".

A los compañeros

Para los anarquistas es, sin duda alguna, una satisfacción la reaparición de LA PROTESTA.

Pero hay que considerar que por esta mera satisfacción no podemos darnos el trabajo ni correr el riesgo que la publicación del periódico nos acarrea.

Es preciso que esta hoja sea difundida, que llegue más que los anarquistas la lea.

A los compañeros que aún están dispuestos á hacer algo por la propaganda toca trabajar en este sentido. Es preciso que LA PROTESTA sea difundida en las sociedades obreras, en los talleres y entre el pueblo.

Por nuestra parte procuraremos, pesar de las dificultades con que contamos, que el periódico corra á las necesidades de la propaganda que sea digno del ideal que defiende.

### MÁS EXPULSIONES

La libertad de pensamiento en la República Argentina sigue á merced de la polica. Los abusos de Dellepiane, tranquilidad de los trabaja...

Repetimos lo ya dicho: no basta sentirse mal; es preciso saber por qué se encuentra uno mal y cómo puede dejar de estar mal.

En esto consiste todo el engorro del anarquismo, y ahí está toda su fuerza de acción; el secreto de esa fuerza, que es precisamente la idea, el conocimiento de las causas del mal social y del medio de hacerlo desaparecer.

Así la idea, la filosofía, mueve, determina á los hombres y los hace accionar, que es precisamente lo que hace falta.

Así, libertados los hombres de los prejuicios que los atan y contienen, del respeto al gobierno cuya razón de existir se conoce ampliamente; del respeto á la propiedad cuya iniquidad se sabe, viene la acción revolucionaria, el deseo impetuoso é irresistible de concluir con lo que perjudica, daña, y su reemplazo por lo que beneficiar puede.

Es una tontería hacer distingos entre productores y hombres; ya que los productores antes que tales, y siempre, son hombres. Y aún, si el problema fuese tan sólo económico, podría transigirse con tal distingio, pero como no es solamente económico, sino que lo es también político y tiene hondos raigambres morales, preciso es hablar de hombres más bien que no de productores, puesto que no se es solo esclavo económicamente, como productor, sino política y moralmente como hombre.

Es en verdad chocante lo que en la Argentina ocurre con el sindicalismo y el anarquismo. En tanto que en Europa van unidos sindicalistas y anarquistas, en Buenos Aires se pelean constantemente sin perjuicio de andar todos los días intentando unirse y preconizando la necesidad de esa unión. Y para mayor contrasentido, se trata de anarquistas muy sindicalistas y de sindicalistas que pretigan á todos vientos su revolucionarismo.

Con el solo pretexto de la inutilidad y utilidad de la propaganda teórica—que unos y otros practican, aún los que la niegan toda influencia—se mantienen separados y, como gatos y perros, dando la sensación de que más bien se trata de una puja de propagandistas ó de que bajo el nombre de sindicalismo, hay otra tendencia especial.

Es pueril este empeño en atacar la propaganda de ideas y sin embargo propagar teorías, y teorías que al fin de cuentas no se diferencian de esas ideas más que en extensión, ya que si los sindicalistas hablan sólo de economía, y en forma idéntica á los anarquistas, nosotros hablamos de economía, política y moral.

¿Es necesario hablar de esto, hacer propaganda? Y bien; aún siendo innecesario, en nada pueden dañar á los que así dicen, y añaden que basta ser obrero para sentirse sindicalista y emancipado... aunque con sus periódicos demuestren otra cosa, demuestren la necesidad de la propaganda, haciéndola continuamente.

Eduardo G. Giménez.

Para los anarquistas es, sin duda alguna, una satisfacción la reaparición de LA PROTESTA.

Algunos periódicos de Francia se han ocupado de la "visita del tirano".

En el número 19 de mayo de "La Bataille Syndicaliste", de París, el compañero Gilimón publica un artículo sobre el personaje de tan triste memoria.

Un diario de España publica el siguiente sabroso suelto:

"El asiento de Maura—El célebre señor Figueroa Alcora estuvo ayer en el Congreso. Le sirvió de "cicerone" por las dependencias de la Cámara nuestro estúpido compañero en la prensa, don Luis Morote, de quien ya se sabe que es una especie de introductor de todos los americanos que caen por Madrid.

El tiramulo de la Argentina, que ya habia visto hasta el evacuatorio de la Puerta del Sol, no quería irse de España sin visitar el palacio de las leyes, aunque sabe que el tal edificio es mucho menos útil que el subterráneo de Brancos Rodríguez.

Todo lo vió el señor Figueroa Alcora en el Congreso. El mercedero, las secciones, la biblioteca, el salón de conferencias, el cazadero, el despacho de Romanones, las tribunas... Pero lo que le encantó fué el salón de sesiones, con sus escaños rojos, y su banco azul, y su estrado presidencial. ¡Aquello le pareció maravilloso!

¿Dónde se sienta Maura?—preguntó el tiramulo.

—Aquí—le contestaron señalando al escaño que suele ocupar el caballo loco.

Figuroa se acercó, dobló las rodillas muy humildemente, y besó el rojo terciopelo del asiento. Pero en seguida retiró el rostro, haciendo un mohín muy expresivo.

—¡No huele á ámbar precisamente!—exclamó.

Entonces, un ujier le dijo, con toda ingenuidad:

—Pues crea usía que llevamos ya gastos tres frascos de agua de colonia para perfumar el escaño. Pero no hay más.

Desde que comenzó á discutirse el proceso Ferrer tiene este sitio un hedor que tira de espaldas.

Y Morote agregó en tono solemne:

—¡Son las salpicaduras del debate!"

### INFAMIA FRUSTRADA

SIEMPRE LA POLICIA!

Están malamente en libertad todos los presos por la tentativa de publicar un número de "La Protesta" el día 1.º de mayo.

A la policía no le han salido esta vez las cosas á medida de sus deseos, bien contra su voluntad, por cierto, porque ella no quería contentarse solamente con haber impedido la publicación del número referido. Contra los anarquistas todo se justifica, piensa ella, é impedirles que publiquen una hoja de propaganda es muy poco. Había que hacer algo que tuviese resonancia, que agradase á las clases adineradas y diese ocasión para que la gran prensa alarmase á la sociedad, haciéndole ver los peligros que corre y mostrándole las excelencias de la salvadora institución policial.

Y los sabuesos dieron vueltas á la imaginación, resultando de sus cavilaciones, como no podía menos de suceder, el urdimiento de una trama burda é infame que, felizmente, quedó en una vergonzosa "plancha".

En efecto, la policía pretendió haber encontrado un laboratorio completo para la fabricación de explosivos en la tipografía donde se hacía el número de "La Protesta", cuyo dueño no es anarquista. Semejante barbaridad fué tomada en serio por varios diarios, aunque, valga la verdad, algunos, como "La Razón", "La Vanguardia" y otros, la pusieron en el ridículo que merecía.

Pero no paró aquí la policía. Su genial inventiva fué más adelante. En el número de "La Protesta", que estaba compaginado y listo para entrar en máquina, no había ningún escrito que pudiese ser tachado de incitador á la violencia. Pues los pesquisas que se posesionaron de la imprenta hicieron que un tipógrafo compusiera un suelto referente á Radóvsky é incluyeron una prueba en el sumario de culpas.

Como se ve, la intención manifiesta de la policía era comprometer á los compañeros, lo que no ha conseguido de esta vez, gracias al interés que el abogado, doctor Moreno, tomó en el asunto y á la corrección del juez que entendió en la causa. El caso aún no está solucionado. El dueño de la imprenta y el compañero Barrera tienen que responder al proceso que se les sigue.

Por eso prevenimos á los compañeros que es necesario recaudar fondos para atender á la defensa. A los que puedan contribuir con alguna cantidad les pedimos que lo hagan con la mayor urgencia.

El tiramulo de la Argentina, que ya habia visto hasta el evacuatorio de la Puerta del Sol, no quería irse de España sin visitar el palacio de las leyes, aunque sabe que el tal edificio es mucho menos útil que el subterráneo de Brancos Rodríguez.

Todo lo vió el señor Figueroa Alcora en el Congreso. El mercedero, las secciones, la biblioteca, el salón de conferencias, el cazadero, el despacho de Romanones, las tribunas... Pero lo que le encantó fué el salón de sesiones, con sus escaños rojos, y su banco azul, y su estrado presidencial. ¡Aquello le pareció maravilloso!

Algunos periódicos de Francia se han ocupado de la "visita del tirano".

En el número 19 de mayo de "La Bataille Syndicaliste", de París, el compañero Gilimón publica un artículo sobre el personaje de tan triste memoria.

Un diario de España publica el siguiente sabroso suelto:

"El asiento de Maura—El célebre señor Figueroa Alcora estuvo ayer en el Congreso. Le sirvió de "cicerone" por las dependencias de la Cámara nuestro estúpido compañero en la prensa, don Luis Morote, de quien ya se sabe que es una especie de introductor de todos los americanos que caen por Madrid.

El tiramulo de la Argentina, que ya habia visto hasta el evacuatorio de la Puerta del Sol, no quería irse de España sin visitar el palacio de las leyes, aunque sabe que el tal edificio es mucho menos útil que el subterráneo de Brancos Rodríguez.

Todo lo vió el señor Figueroa Alcora en el Congreso. El mercedero, las secciones, la biblioteca, el salón de conferencias, el cazadero, el despacho de Romanones, las tribunas... Pero lo que le encantó fué el salón de sesiones, con sus escaños rojos, y su banco azul, y su estrado presidencial. ¡Aquello le pareció maravilloso!

### SOLIDARIDAD

Por intermedio de las informaciones lacónicas de la prensa, habrá llegado á conocimiento de los camaradas, que los compañeros detenidos en Lomas de Zamora, imputados por la aparición del pasado número de La Protesta se encuentran en libertad bajo fianza, pero como el juicio está en trámites y no habiendo sido sobreseída la causa definitivamente, no sería aventurado el suponer que se arde nuevo arrestados.

A fin de evitar se cometa con ellos una nueva injusticia, ha sido encomendada la defensa al doctor Rodolfo Moreno (hijo), joven é inteligente abogado que siendo una de las raras excepciones en su gremio, honra al foro argentino. Con objeto de aunar fondos para costear los gastos que hubieren, se ha constituido un comité que iniciará las suscripciones del caso.

Recomendamos á los amigos sean solidarios.

Compañeros:

Tratad de difundir este periódico entre todos los compañeros, así ganará más prosélitos nuestra causa.

### MÁS ATROPELLLOS

SIGUEN LAS INFAMIAS

El día 11 de este mes la policía detuvo á un socio de la Federación Obrera Marítima, secuestrándole un paquete con 500 ejemplares del folleto "Lo que nosotros queremos", destinado á Montevideo. Después fueron detenidos el secretario interino de dicha Federación y el cobrador, que hasta la fecha siguen á disposición de la soberana que manda y ordena en esta república en cuestiones de libertad de pensamiento.—la policía.

Por estos motivos, según parece, fué detenido el compañero Barrera á quien no pudiendo probarle nada al respecto, pretendieron hacerlo víctima de la comedia del famoso cuchillo de cabo negro.

Como el compañero respondió á esta nueva infamia con la dignidad que el caso requería, queren procesarlo por desacato á la autoridad.

DESDE EL DESTIERRO

El compañero Nunzio Bartucci nos escribe desde Trani, provincia de Bari (Italia), comunicándonos que si no puede salir de allá en el término de dos meses le obligarán á ser soldado.

Como se encuentra sin recursos pide á los compañeros que puedan ayudarlo á librarse del infame tributo lo hagan cuanto antes. Nos encargamos de recibir auxilios para este compañero.

Lo que nosotros queremos por PEDRO GORI

### Lo que nosotros queremos

Editado por el comité de relaciones entre, las agrupaciones anarquistas, ha aparecido este pequeño pero útil folleto de propaganda.

Su distribución es gratuita, pero si alguna agrupación ó compañero desea auxiliar esta obra de divulgación de las ideas anarquistas, pueden hacerlo voluntariamente.

### Boycott

Los cigarrillos 43 y x las

cerveza

Pilsen, Morocha y Africana

Imprenta "El Día", Montevideo